

Patronato de la Juventud
— Obrera —

Con motivo del Homenaje

a

Mosén Jusep

Alcoy 1929

061

311

COA

R. 25.985

MARIA SANTISIMA AUXILIADORA DE LOS CRISTIANOS

Noticia histórica de esta Advocación

En todo tiempo los cristianos experimentaron los eficacísimos auxilios de María, por lo que en todas sus tribulaciones, así públicas como privadas, acudían a Ella con especial confianza seguros de alcanzar eficaz protección y socorro. Pero esta soberana intervención de la Virgen a favor de los cristianos, brilló con luz esplendorosa sobre todo en una ocasión solemnísimas, es decir, en 1572, cuando la armada de la cruz, gracias al auxilio de María, alcanzó un definitivo y total triunfo en aguas de Lepanto, sobre la flota de los turcos, que amenazaban invadir y sojuzgar la Europa. Para conmemorar tan señalada victoria, el papa S. Pío V, mandó celebrar la fiesta del Rosario y añadir a la letanía la advocación: *María Auxilium Christianorum, ora pro nobis*. Más adelante la Virgen acudió de nuevo en auxilio de las armas cristianas contra los turcos, junto a los muros de Viena, en 1682, y entonces, Inocencio XII, constituyó la primera cofradía de María Auxiliadora. Por fin, el 24 de Mayo de 1814, el papa Pío VII después de su largo cautiverio napoleónico, volvía a entrar triunfante en Roma: y agradecido al auxilio de María, a quien había invocado, le consagró perpetuamente esa fecha, instituyendo la fiesta de María, Auxilio de los Cristianos.

Pero tan gloriosa y consoladora advocación habría permanecido en el olvido, a no haberse suscitado la Virgen Santísima un apóstol, que la propagase y le diese nuevo esplendor y brillo. Tal fué el Vble. Juan Bosco (1815-1888), quien fundó, bajo la inspiración y cooperación directa de la Santísima Virgen, su obra mundial a favor de la juventud y la Pia Sociedad Salesiana; levantó a puros milagros el grandioso Santuario de María Auxiliadora de Turín (1868); obró mediante esta advocación estupendos prodigios y propagó su devoción por todo el mundo.

Hoy María Auxiliadora es invocada en todos los ámbitos de la tierra y obra continuas y grandes maravillas a favor de sus devotos.

EL BEATO JUAN BOSCO

El Beato Juan Bosco, amigo y padre de la juventud, modelo de educadores y fundador de familias religiosas que continúan su obra apostólica, fué un hijo de humildes labradores, que abarcó el mundo entero con su caridad.

Nació en I Becchis, caserío perteneciente al pueblo de Castelnovo d'Aasti (Piamonte, Italia), el 16 de Agosto de 1815. Fueron sus padres Francisco Bosco y Margarita Occhiena. Huérfano de padre a los dos años, se encargó la madre de plasmar su corazón en los moldes de la educación cristiana, que lo fué, paso a paso, preparando a la vida del apostolado que comenzó a ejercer entre sus compañeros, apenas le fué revelada en un "sueño" misterioso su misión.

Mucho tuvo que sufrir para escalar la cumbre del sacerdocio, debido a la pobreza de su familia; pero le ayudaron notablemente en esta empresa su despejada inteligencia y su prodigiosa memoria, aun a pesar de lo que le entretenían los humildes servicios que por su condición económica se vió obligado a prestar.

Todas las dificultades juntas no fueron óbice para que dejase de sembrar el bien entre sus colegas, con la modalidad propia y característica que supo imprimir en sus futuros "Oratorios", en cuyo programa encuadran: Instrucciones religiosas, prácticas y al alcance del pueblo; honestas recreaciones y asociaciones juveniles oportunas, las cuales, con su ejemplo avasallador, empujan a realizar el bien aún a personas no asociadas.

Similar actividad alcanzó su más alto exponente sobre todo durante las vacaciones de otoño, mientras, fué seminarista, y lo fué ejemplar.

Recibida la ordenación sacerdotal en 1841, se dedicó por entero a iniciar la obra de los "Oratorios Festivos" en la ciudad de Turín, por cuyo sostenimiento y consolidación debió afrontar sereramente durísimas pruebas. Incomprendido, perseguido y juzgado loco, anduvo errante de un sitio a otro con su tropa de niños, prediciendo constantemente el maravilloso incremento de su obra incipiente, a la que dió asiento fijo el 2 de abril de 1846: en el prado de Valdocco, a la sazón, arrabales de Turín.

La niñez, la juventud, fueron la pupila de sus ojos los 47 años que ejerció el sacerdocio. Adelantándose a los tiempos, abrió escuelas diurnas y nocturnas, escuelas talleres, hospicios, colonias agrícolas y colegios, santificando la pedagogía con su "*Sistema preventivo*", propio de él y peculiar, sistema nacido al calor de la caridad que tiene su principal asiento en el Corazón de Jesús, desarrollado en la práctica genuina del Evangelio, y caracterizado con esta nota distintiva: "prevenir e impedir la ofensa a Dios".

La caridad de Don Boseo no conoció fronteras, brilló con heroica abnegación en toda suerte de calamidades, así mismo públicas como privadas, y se manifestó en todas las formas en que puede encarnar el ejercicio del apostolado.

Celosísimo por la difusión de la buena prensa, sembró a millones libros ascéticos, históricos, recreativos y educativos entre la juventud y en el pueblo. En todos ellos se descubre el más tierno afecto a la Iglesia Católica y la más firme adhesión a la persona del Papa, al servicio del cual puso la inteligencia, el corazón y su irresistible influjo, durante toda su vida.

Irreconciliable en el ministerio de la Confesión y predicación, defensor valiente de la Instrucción religiosa y ortodoxia de la fe, luchó a brazo partido contra la propaganda protestante, y buscó en todo la gloria de Dios, sin que le hiciesen volver pie atrás ni amenazas ni criminales atentados.

Firme en su lema "*Da mihi animas caetera tolle*" (dadme almas y llevaos todo lo demás), propagó con maravilloso fruto la comunión frecuente y cotidiana, dió a la Iglesia miles de sacerdotes; fué apostol de la devoción a Jesús Sacramentado y a María Auxiliadora, levantó numerosas iglesias y capillas, entre las que sobresale el Santuario de Valdocco, monumento de gratitud a María Auxiliadora, por la inspiración y asistencia no interrumpidas que le prodigó en todas sus empresas.

A fin de perpetuar y extender su providencial apostolado, tan adaptable a las necesidades de los tiempos actuales, fundó la "Pia Sociedad de San Francisco de Sales" y el "Instituto de las Hijas de María Auxiliadora". Introdujo a sus hijos e hijas espirituales en el campo vastísimo de las Misiones católicas, y a fin de asegurar la marcha y el desarrollo de sus obras, instituyó la

‘Pia Unión de Cooperadores Salesianos’.

Dechado de virtudes: adornado de prudencia, fortaleza y humildad no común, estimado y borrado por los más ilustres personajes de su tiempo, venerado por los Sumos Pontífices Pío IX y León XIII, conmovió a las muchedumbres a su paso por Italia, España y Francia, precedido siempre y seguido de una estela de hombre extraordinario y santo.

Era en su casa el padre de todos: la paternidad más tierna que usaba con sus hijos, la gratitud más delicada hacia sus bienhechores lo envolvían como en una aureola de luz.

Y en el Oratorio de Valdocco, adonde infinidad de admiradores y devotos acudían a pedirle favores, consejos y bendiciones, expiró serenamente el 31 de enero de 1888, enlutando al mundo con su muerte.

La fama de santidad a que le hicieron acreedor sus virtudes heroicas y las señaladas mas gracias atribuidas a su intercesión corrió en boca de todas las gentes, y el 2 de junio de 1929 el Papa Pío XI, que conoció al Beato personalmente, y lo amó, y lo admiró, se dignó llevarlo al honor de los altares.

El mismo día en que deliberaba el decreto de beatificación, el Papa, hondamente conmovido, patentizó los caminos de la Providencia, la cual, deseando inmediatamente después del suspirado acuerdo entre la Iglesia y la nación italiana elevar primero que a nadie a los honores de la santidad “*al que fué el primero entre los hombres en impetrar de Dios tan magno acontecimiento*”, perfilaba con rasgos luminosos la figura del gran apóstol de los tiempos modernos en el horizonte de la nación que lo vio nacer, en el horizonte de todas las naciones del mundo.

PENSAMIENTOS Y MÁXIMAS DE DON BOSCO

Al hacerme sacerdote, me consagré al bien de la Iglesia y de la pobre humanidad.

Los sacerdotes consagran su existencia al cumplimiento del deber; si en esta labor y por esta causa debiesen dar la vida, sería para ellos su más excelsa gloria, su fortuna mayor.

Si queremos que nuestros intereses espirituales y materiales prosperen, debemos preocuparnos, ante todo, de hacer que prospe-

ren los intereses de Dios".

¡No os forjéis ilusiones, padres y madres de familia! Habréis de rendir estrechísima cuenta a Dios de la educación de vuestros hijos. Que muchos hijos se condenan por la mala educación que recibieron, es un hecho; pero no es menos cierto que muchos padres y madres de familia se pierden eternamente por la mala educación que dieron a sus hijos.

Los jóvenes constituyen las delicias de Jesús y María.

Como quiera que en estos últimos tiempos escasean demasiado los medios materiales para educar y hacer que se eduque conforme a la fe y buenas costumbres la juventud pobre y desamparada, la misma Virgen Santísima se ha constituido en protectora, y por eso otorga a sus bienhechores y bienhechoras multitud de gracias espirituales y extraordinarios favores temporales.

Quien obra bien en vida, hallará bien en muerte.

Tened presente que la verdadera religión no consiste en palabras sino en obras.

De un modo especial os encomiendo el cuidado de los niños pobres y desamparados, que han sido siempre la porción más escogida de mi corazón.

Os encarezco la educación cristiana de los niños, las vocaciones al estado eclesiástico y las misiones.

Al fin de la vida se recoge el fruto de las buenas obras.

POR QUE AGRADA A TODOS LA OBRA DE DON BOSCO

"Aparte el auxilio del Cielo — decía abiertamente Don Bosco —, nos ha facilitado y seguirá facilitándonos la difusión del bien la misma índole de nuestras obras. El fin que nosotros perseguimos es bien visto por todos, incluso por los hombres que en materia de religión piensan diferentemente que nosotros. La cultura, la formación cívica, la educación moral de los jóvenes que viven en el desamparo o en medio de peligros; apartarlos del ocio; alejarlos de la depravación, de la deshonra y tal vez, de la cárcel, tales son los fines que persigue nuestra Obra. Según esto,

¿qué hombre sensato, que autoridad civil será capaz de ponerle trabas? Nuestra obra no hace labor política; respetamos a las autoridades constituidas; observamos las leyes vigentes, pagamos los impuestos que debemos, y marchamos adelante, sin más exigencia que libertad para sembrar el bien en medio de la juventud y consagrar nuestras energías a la salvación de las almas . . . »

«Es propósito mío inquebrantable—repetió mil veces—, mantenerme alejado de cuanto se roza con la política. . . Proponedme cualquier obra que reclame la caridad del sacerdote, y me veréis listo a sacrificar dinero y vida . . . »

Fiel a esta consigna, que Monseñor Bonomelli en su obra «Cuestiones Religiosas Morales y Sociales del día» recuerda admirado y propone a todos los sacerdotes deseosos de continuar la obra de Jesucristo en el seno de la sociedad moderna, Don Bosco supo cautivarse la simpatía y captarse el apoyo de muchos hombres de Estado y de eminentes personajes.

El Conde Camilo Cavour, visitando el Oratorio Salesiano de Turin, solía exclamar:—«¡Que obra tan hermosa y tan útil! ¡Lástima que no haya un centro como este en todas las ciudades!»

León XIII dijo en cierta ocasión a Don Bosco:—«¡Yo os amo, os amo, os amo! Soy todo para los Salesianos. ¡Soy el primero entre todos los Cooperadores! Enemigo de Dios es vuestro enemigo! ¡Yo temería ponerme de frente a vos! ¡Que obras tan colosales emprendéis con medios tan mezquinos! ¡Ni vosotros mismos abarcáis la extensión de vuestra obra y el bien que a la iglesia deriva de ella! Vosotros cumplís la misión de patentizar al mundo que se puede ser buen católico y, al mismo tiempo, ciudadano honrado y probo; que es posible beneficiar inmensamente a la niñez desvalida y pobre en todos los tiempos, sin mezclarse en política y conservándose, no obstante, dentro del marco que encuadra a un buen católico.»

Si los Salesianos saben seguir fielmente las huellas del padre, cosecharán, merced a Dios, iguales simpatías.

La Obra Salesiana, según declaran las Constituciones escritas

por Don Bosco; persigue un fin único: «Socorrer, beneficiar al prójimo, especialmente educando a la juventud... La Pia Sociedad no excluye clases; pero prefiere desplegar sus energías entre la clase media, y los pobres, como quiera que necesitan, más que ninguna otra, ayuda y socorro incesantes.

¡Por todo esto es bien vista en todas partes la Obra de Don Bosco!

A LOS AMIGOS DE DON BOSCO

Don Bosco dejó escrito a los Cooperadores Salesianos:

«Si hasta hoy me habéis prestado apoyo tan bondadoso y perseverante, continuad, os ruego, ayudando a mi sucesor después de mi muerte. Las obras que con vuestro auxilio he comenzado, no tienen ya necesidad de mí; pero siguen necesitando de vosotros y de cuantos como vosotros se gozan en derramar el bien por el mundo.

A todos las confío y encarezco.

“..... Si después de mi muerte la divina misericordia, en atención a los méritos de Jesucristo y a la protección de María Auxiliadora me halla digno de ser admitido en el Cielo, desde allí rogaré incesantemente por vosotros, por vuestras personas queridas, para que a todos nos sea dado alabar eternamente la majestad del Creador, embriagarnos en el mar de sus inmensas delicias y cantar sus divinas misericordias. Amén.”



Estadística de la Obra del Beato Juan Bosco

En la actualidad se halla así censituado:

<i>Provincias</i>	46
<i>Casas</i>	616
<i>Salesianos</i>	8.016

De los cuales:

1 es Cardenal de la Santa Iglesia Romana.

15 Arzobispos y Obispos.

3 Vicarios Apostólicos.

Este personal, esparcido por las cinco partes del mundo dirigen:

<i>Colegios de huérfanos</i>	128
<i>Colegios para niños externos</i>	221
<i>Casas de formación</i>	143
<i>Oratorios diarios y festivos</i>	385
<i>Parroquias e iglesias</i>	342
<i>Escuelas primarias</i>	319
<i>Escuelas superiores</i>	153
<i>Escuelas profesionales obreras</i>	118
<i>Escuelas agrícolas</i>	46
<i>Obras particulares</i>	40
<i>Misiones</i>	46

Hijas de María Auxiliadora:

6.305, repartidas en 29 Provincias, con 595 Casas en las que se hallan establecidas las siguientes obras:

<i>Oratorios diarios y festivos</i>	413
<i>Jardines de la infancia</i>	262
<i>Colegios y patronatos para huérfanos</i>	82
<i>Escuelas municipales, parroquiales y Colegios de niñas</i>	743
<i>Obradores y talleres</i>	349
<i>Hospitales</i>	11
<i>Casas de formación</i>	53
<i>Misiones</i>	20

Con motivo del Homenaje a Mosén Jusep

DISCURSO PRONUNCIADO POR EL M. I. Sr. Dr. D.
MIGUEL JULIÁ VILAPLANA, DEÁN DE SEGORBE

Excelentísimo Ayuntamiento, dignísimas autoridades y representaciones, señoras, señores:

No he encontrado mejor introducción a este sencillo discurso necrológico que voy a tener el honor de dirigiros, que cantaros la anécdota siguiente: Cuando en uno de los últimos días del pasado marzo se celebraron en el amplio y luminoso templo de Santa María de esta ciudad, unas severas y sentidas honras fúnebres por el llorado sacerdote a quien dedicamos hoy el grandioso homenaje de esta velada un señor forastero que se encontraba accidentalmente aquí, antiguo conocido mío, me detuvo a las puertas de la iglesia para preguntarme quien era el personaje que había fallecido en Alcoy o si aquellos funerales eran el tributo de la ciudad a la Santa Memoria de la Reina María Cristina, fallecida por entonces, y tenía razón para extrañarse mi amigo ante aquella sentida, popular y pocas veces superada manifestación de condolencia.

¿ Quien era el personaje en honor del que

este pueblo, en otras cosas tan dividido, tan atomizado, desgraciadamente, como un solo hombre, sin diferencia de opiniones ni de clases, se apresuraba a rendirle el homenaje de su admiración y de su exactitud?

Sobre el severo túmulo que se alzaba en medio de la iglesia, no se veía la mitra del obispo, ni la espada del general, ni las insignias del gobernante, ni el birrete del doctor. ¿Quién era el pobre muerto que arrastraba en pos de sí, sin violencia ni artificio de nadie a tan enorme y diversa muchedumbre? Todo lo sabréis: todos le habéis conocido, todos, igualmente le habéis llorado: un hombre bueno y humilde un gran apóstol de la niñez y de la juventud de nuestro pueblo, el mejor amigo de los trabajadores, Mosén Jusep del Patronat.

Se ha dicho señores, que el día de la muerte es el de las alabanzas porque extinguida nuestra vida ya no podemos servir de estorbo a nadie.

¿Quién tiene miedo a los muertos?

Los muertos no hablan no empujan a nadie, no pueden arrebatarnos nuestros cargos ni interponerse en el camino de nuestras aspiraciones. ¡Paz a los muertos! decimos, mientras los vivos continuamos mordiéndonos,

desollándonos unos a otros a impulsos de esos tres genios del mal, que ahora imperan en el mundo; la envidia, el egoísmo y la ambición.

Pero si el día de la muerte es el de las alabanzas insinceras y protocolarias con que el mundo suele despedir a sus muertos, las alabanzas que el pueblo de Alcoy con sentimiento unánime rinde a la memoria del llorado Mosén Jusep, se las hubiera tributado con igual fervor en distintas ocasiones de su vida, si no lo hubiera impedido la gran modestia de nuestro héroe.

Aunque nosotros los alcoyanos somos, como suele decirse de tierra adentro, casi todos habréis contemplado alguna vez el magnífico espectáculo del mar y habréis visto como se hinchan y se levantan las olas coronadas con la nieve de su espuma y como se amansan y mueren junto a la arena de la playa, según aquel paseo que aprendimos desde niños en nuestros cuadernos de escribir; *Dios la brava mar enfrena con leve muro de arena*. Pues bien, señores, las olas de nuestro entusiasmo por la noble figura de este sencillo e incansable apóstol de la juventud se han estrellado siempre ante el muro de su modestia.

Mas ahora que ya no vive entre nosotros, ni tenemos ante nosotros la valla de su humildad tan espontánea y tan sincera, ahora podemos exteriorizar libremente nuestra admiración y nuestra gratitud, como vamos a hacerlo en este sencillo discurso, que, por encargo, inmerecido y honrosísimo para mi, de la ilustre Comisión del Homenaje, tengo el honor de dirigiros y de cuyo discurso solo desearía y sería mi mejor recompensa, que pudiera decirse que ha sido un eco fiel del sentir de nuestro pueblo.

LAS DOS FORMAS DE LAICISMO Y MOSÉN JUSEP

Existe en nuestro tiempo un diabólico empeño; el empeño de imponer el laicismo en la educación de la juventud. Ese laicismo tiene dos formas o dos direcciones, una y otra perniciosísimas a los intereses comunes de la Sociedad. Un laicismo rabioso y blasfemo, que educa a los niños en el odio a Dios y en el escarnio de las cosas santas como fué el laicismo de la Escuela Moderna del malaventurado Ferrer, de donde salieron los jóvenes bárbaros de la semana trágica que después de quemar los asilos de los huérfanos, arrastraron por las calles de Barcelona los cadáveres

de las monjas. De este laicismo descarado y cruel tenemos todos los días nuevos ejemplos. En la Rusia de los Soviets, el año último, por un decreto de aquél despótico gobierno, se prohibió que los niños de las escuelas tuvieran vacaciones en los días de Navidad, para que no pudieran celebrar, ni recordar siquiera, como hacen todos los niños del mundo, el Nacimiento del Divino Niño.

Este mismo año, en la llamada fiesta del trabajo, que tanta magnitud ha producido en varios países y especialmente en Alemania, donde hubo en las calles de Berlín una verdadera batalla campal entre los obreros y la policía, con numerosos muertos y heridos de una y otra parte, este mismo año celebróse en Viena una descorazonadora manifestación infantil: veinte mil niños y niñas vistiendo blusas rojas y tremolando banderas del mismo color, recorrieron las calles con Antorchas encendidas para celebrar la víspera del *día rojo*. Y es que hay dos seres de los que quieren apoderarse a todo trance los enemigos de la Religión y del Orden: la mujer y el niño, la mujer porque es aún en todos los países el más firme sostén de las creencias religiosas, y el niño, porque el día en que consigán apoderarse

de los niños, hombres del mañana, en sus manos estaría el porvenir del mundo.

La otra forma de laicismo, más suave y disimulada que la primera tiene su asiento en un sinnúmero de hogares que pretenden pasar por cristianos.

No enseña este laicismo a aborrecer a Dios, pero tampoco enseña a amarle; no reniega de la religión, pero para nada la tiene en cuenta prescindiendo de ella en casi todos los actos de la vida de donde resulta una juventud sin principios, sin orientación religiosa, sin convicciones y lo que es peor, sin freno para las hirvientes pasiones y apetitos de la edad más peligrosa de nuestra existencia.

Nuestro llorado Mosén Jusep conocía perfectamente estas tendencias y el afán de implantarlas entre nosotros. Sin que hubiera tenido nunca aureola de hombre sabio, ni de hombre de ciencia y de talento, conocía perfectamente los problemas religiosos y sociales, de su tiempo y se aplicaba a su estudio y a su solución con la fé de un apóstol. Compañero suyo fué durante varios años en el Seminario de Valencia, y puedo decir que más que un estudiante con las ligerezas y las travesuras propias de la vida estudiantil, era un

propagandista formidable de las ideas sociales y políticas que se reputaban entonces por más sanas, aprovechando hasta los ratos de asueto para instruirnos y catequizarnos a los demás con generoso afán de proselitismo.

Aun en plena juventud parecía Mosén Jusep un hombre maduro por su reflexión, por sus ideas, por su austero modo de vivir y más, que nada por su celo en promover la gloria de Dios y el bien de nuestro pueblo especialmente en estas dos obras tan personalmente suyas: la devoción al Sagrado Corazón de Jesús y el Patronato de la Juventud Obrera, del que fué, sino fundador, porque se adelantaron en la realización de esta idea dos jóvenes, que aún están entre nosotros, hermanos en la lucha por la causa del bien, sino fundador digo, alma, nervio y sostén de dicha institución y promotor de su prosperidad y de sus felices y bienhechores resultados.

Este fué su principal campo de acción y con este carácter de apóstol de la niñez y de la juventud obrera, le reconoce y aclama nuestro pueblo.

MOSÉN JUSEP, APÓSTOL

No tengo inconveniente en afirmaros que

Mosén Jusep era en esta materia, un gran maestro, un verdadero pedagogo católico y más que nada un apóstol, con rasgos muy semejantes a San José de Calasanz a San Juan Bautista de la Salle y al gran Don Bosco, recién-tísimamente elevado a los altares por Pio XI, todos tres insignes bienhechores de la humanidad, que recoge en todos los países los frutos de la labor de sus hijos, en la formación moral de la juventud.

Conociendo Mosén Jusep, como fervoroso alcoyano que era, las necesidades de nuestro pueblo eminentemente industrial, con una enorme masa obrera, y la crisis porque pasa en todas partes el hogar obrero, moralmente desvinculado por las necesidades de la vida y las exigencias de la industria, que, arranca de la casa al padre por un lado y a la madre por otro, dejando a los niños poco menos que abandonados en mitad del arroyo, dedícase con toda su alma por espacio de cuarenta años a la formación religiosa y moral de los hijos de los trabajadores.

Los que hemos asistido al desarrollo de su obra, podemos decir que pocas personas, ni maestros, ni sacerdotes, conocían como él la psicología de la niñez. El sabía perfectamente

que cada niño que viene a este mundo encierra un verdadero misterio, no solo porque se desconoce su destino y su porvenir sino tambien por ese dualismo tendencioso que se observa en el desde la primera edad. En efecto observando a un niño cualquiera hallareis en su pequeño cerebro y en su corazón diminuto ideas y sentimientos elevados y concupiscencias e ideas culpables; arranques generosos y cobardias punibles; aspiraciones de angel y a la vez instintos de fiera.

El profesor Lombroso pinta al niño desde los albores de la infancia, egoista, colerico, vengativo, embustero y cruel, niegale toda idea de justicia y de piedad y concluye por sentar su famosa tesis de que los gérmenes de la locura moral y del delito se encuentran, no como excepción sino como regla general y estado normal en la primera edad del hombre.

Por otra parte Goethe solo ve en los niños pequeños ángeles exentos de toda clase de imperfecciones terrenas.

La verdad está en el término medio. Hay en el niño gérmenes de virtud, de justicia y de honradez más tambien bullen en su corazón los gérmenes de los vicios; es un angel si quereis pero vestido como dice un autor con piel de

serpiente; los niños son como se eduquen, como se les forme desde el principio, según la dirección que se les imprima desde la primera edad. Si se les abandona si los propios impulsos de la naturaleza corrompida, pronto brotarán allí toda suerte de malezas, como en un campo sin cultivo; si se les inclina por el camino del pesimismo y de la rebeldía, sin noción de las ideas fundamentales de Dios, de deber y de virtud, de justicia y de responsabilidad, no tardarán en ir a engrosar las filas del comunismo y serán en todos los países los jóvenes bárbaros de la revolución.

LA PRIMERA EDUCACIÓN

Porque con dificultad se desvanecen las huellas de la primera educación, lo mismo si ha sido buena y cristiana que si ha sido antireligiosa, abandonada o perversa. El gran escritor Luis Kenillot recuerda con profunda tristeza los primeros años de su juventud, sin religión y sin piedad, en que sus lecturas eran los libros que el maestro ponía en sus manos. Las novelas de Paúl de Kok, Lamotte Langon y La Calprenade, y en su libro «Roma y Loreto», escribe estas palabras, que parecen el eco de una desgracia, irreparable. De aquellas lecturas malditas llevará siempre mi alma las llagas

odiosas, o como muy sentidamente ha dicho el poeta:

«El corazón del hombre virgen es un vaso profundo, y si la primera que en él se vierte es impura, el mar pasará por allí sin lavar el borrón porque el abismo es inmenso y la mancha está en el fondo.» A verter en el corazón de los hombres vírgenes, que son los niños, la primera agua cristalina y pura de la instrucción y formación religiosa dedicó toda su vida el infatigable Mosén Jusep, siendo en Alcoy legión los obreros honrados y cristianos que de sus manos han salido, y muchos que a él deben el bienestar de que gozan, habiéndose reflejado por mucho tiempo y podemos decir que aún perdura su influencia personal en la masa obrera de nuestro pueblo.

Parece que Dios hizo resonar en los oídos de Mosén Jusep desde el principio de su carrera esta amarga frase de los Trenos: «Los niños pedían pan y no había quien se lo repartiese,» y él se prestó, con una constancia y un heroísmo de que hay pocos ejemplos, a repartir el pan a los niños; el «pan del espíritu, instruyéndoles en la religión y en la piedad, convirtiendo la pieza más grande de este edificio del Patronato en Oratorio, para que todo el mundo

supiera que en su obra la Religión ocupaba el primer puesto; el pan de la inteligencia, abriendo escuelas y creando maestros, y cuando por falta de medios no podía encontrar buenos profesores, él mismo se convertía en maestro de los niños, y hasta el «pan del cuerpo» por medio de la cantina escolar, donde servía con solicitud verdaderamente maternal la comida a los pequeñuelos y el reparto, especialmente en los días más crudos del invierno, de prendas de vestir y de abrigo que previamente había recogido, mendigando de fábrica en fábrica, de comercio en comercio, de taller en taller, donde siempre encontró abiertas las puertas de la generosidad de los patronos alcoyanos, para «els seus chiquets del Patronat».

Señores: temo cansaros y vamos a terminar, porque si nos dejamos llevar de la atracción que ejerce aun después de muerto, sobre nosotros, Mosén Jusep, no acabaríamos nunca.

En uno de los muchos artículos periodísticos dedicados a su memoria y publicado a raíz de su muerte, recuerdo haber leído la siguiente interrogación: ¿Llegará a escalar los altares?

No podemos ni debemos adelantar los acontecimientos, ni en esta delicada materia formar juicio alguno por nuestra cuenta. Yo creo que

de la misma madera han sido los santos, y ¿quién sabe si algún día el ojo avizor de la Iglesia podrá descubrir a través de la vida corriente, aparentemente vulgar, de este abnegado sacerdote ese gran tesoro de virtudes que pueden hacer a un hombre digno de semejante honor?

De todos modos, ha habido en la vida y en la muerte de Mosén Jusep cosas tan excepcionales, que no pueden explicarse por motivos puramente humanos de un modo satisfactorio. Quiero hacerlas constar aquí y cerrar con estas últimas consideraciones mi pobre discurso.

Notemos primeramente su carácter. El carácter de Mosén Jusep era sobrio, casi austero en su trato con los hombres, en cambio, para los niños, especialmente para los niños pobres, era sugestivo y atrayente en grado sumo. Los niños se sentían atraídos hacia él con fuerza irresistible; los sentaba sobre sus rodillas, les acariciaba paternalmente y agarrados a su pobre sotana, no había manera de despegarlos. Por eso decía un diario católico de Madrid que la sotana de Mosén Jusep era verde y brillante por delante, de sentar tantas veces a los niños sobre sus rodillas y con los bolsillos rasgados, porque se colgaban de ellos como verda-

deros racimos infantiles y no había manera de separarles de su adorado Mosén Jusep, quien, sin palabras, estaba repitiendo siempre la gran frase del Divino Maestro: «Dejad que los niños se acerquen a mí».

Lo sucedido en Alcoy el día de su fallecimiento y de su entierro. Con emoción profunda recibió todo el mundo la noticia de su muerte y todos recordaréis la imponente manifestación de duelo que acompañó su cadáver, sin que hubiera allí nada de fingido, ni de obligado, ni de artificioso. Todas las clases sociales de nuestro pueblo, hombres de todas las ideas, algunos socialistas, y hasta la misma Casa del Pueblo (según referencias que llegaron hasta mí); muchas fábricas y comercios, Alcoy entero, exteriorizó su dolor con una espontaneidad admirable. No faltaron algunos obreros que cubrieron de besos el cadáver de Mosén Jusep, ni personas sencillas que tocaran al mismo objetos piadosos, con esa intuición que tienen las multitudes creyentes cuando quieren expresar su gratitud reverencial, no diré a un santo, pero sí a un gran bienhechor, a un hombre de extraordinarias virtudes.

Y finalmente la seguridad de que la obra de Mosén Jusep no ha fracasado ni se ha extin-

guido con su muerte. Una de sus preocupaciones más grandes, tal vez la única que tuvo en los últimos años de su vida fué la suerte que podía correr su amadísimo Patronato, al que consagró, como hemos visto todos, los esfuerzos de su vida, y al que no ha olvidado en la hora de su muerte, nombrándole único heredero de su modesto patrimonio. La Providencia estaba con él desde el principio e iba conduciendo las cosas con suavidad hacia su fin.

El Patronato había sido puesto desde los comienzos en las manos de María Auxiliadora y de su instrumento el gran don Bosco. Las estampas de una y otro, pedidas directamente a la casa de Turin por Mosén Jusep, cuando nadie pensaba lo que años más tarde había de suceder, presidían los locales del Patronato. Era cosa de Dios, señores, que esta obra que tanto bien ha hecho en nuestro pueblo, al desaparecer su más importante sostén, pasase a las manos experimentadas y sumamente hábiles en la formación moral de la juventud, de los insignes hijos de Don Bosco que continuarán con mayor amplitud y con el celo que les distingue en todos los países la obra salvadora del inolvidable y santo sacerdote alcoyano Mosén Jusep del Patronat.

He terminado, señores, más antes de abandonar esta tribuna quiero expresar al excelentísimo Ayuntamiento mi felicitación y mi aplauso por la delicadeza de haber rotulado la plaza que da acceso a estos locales con el nombre de nuestro héroe, y a los ilustres señores de la Comisión, a las dignísimas autoridades y representaciones, al Consejo del Patronato, a los beneméritos sacerdotes Salesianos y al distinguido y selecto público que ha asistido a este acto, a todos indistintamente los que han organizado y los que han cooperado a este grandioso homenaje, quiero hacerles constar la gran satisfacción que he experimentado en este día al ver que nuestro pueblo sabe honrar dignamente a sus hijos preclaros y beneméritos, entre los que destaca la noble figura del llorado sacerdote a quien he dedicado todo el afán de este sencillo discurso.

FIN





